

Francisco Sevillano Calero, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Alicante, se ha especializado en la historia de España durante la II República y el franquismo, sobre lo que ha realizado un buen número de publicaciones: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo* (1998), *Ecos de papel. La opinión de los españoles durante la época de Franco* (2000) y *Exterminio. El terror con Franco* (2004). Ha elaborado además una nueva edición de Charles V. Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los estudios históricos* (2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Buchanan, Tom, *The impact of the Spanish Civil War on Britain. War, loss and memory*, Brighton, Sussex Academic Press, 2007. X+267 pp. ISBN: 1845191269.

Cap. 1. 'A far away country of which we know nothing'?. British perceptions of Spain and its civil war, 1931-1939, pp. 1-22; Cap. 2. Journalism at war. George Lowther Steer, Guernica and the resistance to fascist aggression, pp. 23-42; Cap. 3. The masked advance. Politics, intrigue and British medical aid for the Spanish Republic, pp. 43-63; Cap. 4. The lost art of Felicia Browne, pp. 64-82; Cap. 5. Mobilising art. British artists and the Spanish Civil War, pp. 83-97; Cap. 6. The death of Bob Smillie, the Spanish Civil War, and the eclipse of the Independent Labour Party, pp. 98-121; Cap. 7. Loss, memory and the British 'Volunteers for Liberty', pp. 122-140; Cap. 8. My country right or left. John Langdon-Davies and Catalonia, pp. 141-57; Cap. 9. Spain rediscovered. British perceptions of Franco's Spain and the advent of mass tourism, 1945-1975, pp. 158-174; Cap. 10. The Spanish Civil War in British politics since 1939, pp. 175-96; Notes, pp. 197-253; Select Bibliography, pp. 254-7; Index, pp. 258-67.

He aquí una obra que resulta de la acumulación de trabajos previos, bien sean los que ya han sido publicados, bien los presentados en diversos seminarios académicos. De alguna manera se pone de manifiesto la continuada construcción del relato histórico a la que hacían referencia Justo Serna y Anacllet Pons en *La historia cultural*. En buena medida estamos ante un ejemplo de una forma de hacer historia en la que no hay un hilo conductor evidente (político, social, intelectual...), sino más bien un proceso, una acumulación que no es erudita, sino interpretativa, enriquecedora y, en buena medida, sin final. Tal vez nunca como en el momento actual estemos más claramente ante una disciplina que asume sus limitaciones y, para evitarlas, enriquece constantemente su relato. Una narrativa fluida que asume su caducidad pero la trata de frenar mediante el convencimiento de lo que puede aportar. No es de extrañar que en ello juegue un papel de considerable importancia la memoria, que en este caso cierra el subtítulo, aunque eso no implique una importancia menor. Más bien al contrario, es la memoria la que preside el conjunto de los textos aquí reunidos, porque no se trata de un

repasso historiográfico a la narrativa elaborada por los historiadores, sino más bien la huella dejada por un hecho histórico en un país, el Reino Unido.

Evidentemente, los factores que intervienen en las percepciones que sobre un conjunto de hechos se consolidan, pueden ser –y de hecho son–, enormemente variadas, y algo de ello hay en el primer capítulo de este libro, apasionante como puede serlo asomarse a curiosear un espacio habitualmente cerrado, oculto a las miradas. Las percepciones británicas sobre la España de la II República y la Guerra Civil parten de una constatación: no era tan desconocida como se dijo, pues el interés hacia ella venía de antiguo. Otra cosa es que esas interpretaciones coincidieran o, incluso, se asemejaran. Para empezar, cabe decir que la visión de España anterior a la guerra estaba marcada por una conciencia de la rivalidad histórica. Pero con la llegada de la II República despertó el interés, tanto entre sus partidarios como entre sus detractores, aunque en buena parte de ellos permanecieron arraigadas ideas comunes sobre el carácter nacional, necesarias para poder interpretar aquello a lo que asistían. De ahí la presencia de imágenes de incompetencia, pereza, crueldad y violencia, o individualismo extremo, aunque se matizase incluso a nivel regional.

Otra visión arraigada era la del carácter rural de España, aunque existían diferencias. Así, para la derecha, los campesinos del norte y el centro eran ejemplo de conservadurismo, mientras que el proletariado urbano era ejemplo de ignorancia. Por su parte, la izquierda prestaba mucha atención al campesinado rural anarquista del sur, ignorando incluso al proletariado urbano y al desarrollo industrial. “These characteristics reinforced the tendency to see Spain as a fundamentally different kind of society from the modern, industrial Britain of the 1930s. [...] Both right and left shared these categorizations, though they would draw very different conclusions about which side best embodied them during the Civil War” (pp. 6-7). Sin embargo, ante lo incomprensible, acababan recurriendo a la idea del carácter nacional para tratar de explicar lo que ocurría, resurgiendo con fuerza el componente individualista de los españoles. Todos los cambios producidos desde el inicio de la II República se habían tratado de adaptar a un discurso de lucha entre la vieja y la nueva España, pero el estallido de la guerra puso difíciles las cosas con un anarquismo sin control o la presencia de las mujeres en las barricadas. Hubo que construir nuevos elementos para afianzar la solidaridad con el pueblo español. Esto vino de la mano de la presencia nazi y sobre todo de sus bombardeos urbanos; también se explotó el miedo racial asociado al uso por los nacionales de las tropas marroquíes, asociadas a violación y saqueo.

El discurso de la izquierda fue tendiendo hacia la presentación de la lucha entre la civilización, entre las mejoras de la república y el salvajismo de un reducido sector que luchaba contra el pueblo. Sin embargo, esta visión

era simplista e irreal, dadas las divisiones internas sólo superadas por los intentos unitarios del Partido Comunista. Incluso el desarrollo de una revolución no fue apreciado, aunque el uso de la palabra estaba ya instalado en el análisis sobre España desde 1931 y por supuesto en 1934.

Para el autor, las opiniones de la derecha son menos sencillas de delinear, en parte porque el gobierno conservador era un firme partidario de la no-intervención y paulatinamente favorable a Franco. Había sin embargo diferencias, pues una mayoría no acababa de entenderse el interés por una cuestión que veían como secundaria frente a los problemas de la paz en Europa. En cualquier caso, preferían los métodos de los nacionales frente al riesgo del comunismo o la anarquía. Sin embargo, su actuación tuvo menor repercusión que la de la izquierda salvo algunos individuos concretos en el Parlamento y algunos grupos de presión. Este discurso, como en la izquierda, hubo de adaptarse con el inicio de la guerra: “In almost a mirror image of the left’s view, the right glorified the ‘old Spain’ and presented it as a haven of lawfulness and natural hierarchy” (p. 17).

Esta necesidad de adaptar la imagen en cada caso, hizo que desde ambas partes se acabase recurriendo a los estereotipos sobre los españoles ya disponibles. Una consecuencia fue la de exagerar la imagen de España como única, exótica y remota respecto al resto de Europa. Sin embargo, el transcurso de la guerra vio cambiar los estereotipos dominantes, culminando, tras la victoria franquista, con un retroceso de las visiones positivas, regresando a los estereotipos tradicionales.

Tal vez uno de los aspectos más llamativos para los británicos en relación con España sea el de la percepción de lo regional. Y en ese contexto, los casos más llamativos eran los del País Vasco y Cataluña. Dos capítulos se dedican a esta cuestión a través del análisis de la figura de dos figuras relevantes. Así, el segundo capítulo se centra en la visión británica del bombardeo de Guernica, especialmente a través del relato de Steer y sus repercusiones, la respuesta por parte de los nacionales, y las críticas que aún perduran, especialmente las relativas a la objetividad de Steer. Declarado partidario de los vascos, la pregunta que se plantea Buchanan es la de si esa inclinación afectó a su relato. Por ello, el objetivo de este capítulo es interpretar las actividades de Steer en los años treinta a la luz de nuevas fuentes, especialmente la correspondencia que mantuvo con el político laborista Philip Noel-Baker. Puede decirse que Steer estaba personalmente en guerra contra el fascismo en parte como resultado de su propio carácter y su formación británica, respetuoso de los valores del juego limpio, la integridad y el apoyo a los desfavorecidos. Además de su capacidad para entrar en relación con los más destacados personajes, le influyó de manera muy directa la muerte de su mujer e hijo, que lo situó de forma más plena al lado de la causa vasca, aprovechando que su terreno de actuación preferido se situaba

siempre en la delgada línea entre el periodismo, la política y la diplomacia. En este contexto tuvo lugar el bombardeo de Guernica, que causó una enorme impresión en el Reino Unido y decidió a la opinión pública a favor de la República y a acciones como la recepción de los niños vascos en suelo británico. Pese a las acusaciones de parcialidad que recibió, siguió tratando de defender la causa vasca, presionando a los políticos británicos, franceses e incluso a la Sociedad de Naciones y al consul de EE.UU. Sin embargo, al rendirse los *gudaris*, su implicación en la guerra civil terminó en buena parte, aunque seguiera viéndola como la lucha contra el fascismo.

Una de las críticas a su obra fue que él mismo reconoció haber falseado noticias cuando trabajaba en Abisinia en 1940-1, argumento que sirvió a los nacionales para considerar falso su reportaje sobre Guernica. Steer también reconoció sus contactos con el servicio secreto en esa época, a lo que hay que añadir su activo compromiso con la causa vasca, que le llevó a colaborar con el Gobierno Vasco y a apoyarlo activamente. Aunque no se puede decir que Steer coreografió la respuesta británica, no hay duda de que sus informes privados influenciaron a la opinión política de la misma manera que sus despachos públicos incidieron en la opinión pública. En un tiempo en el que la izquierda usaba los recursos democráticos de una manera puramente instrumental, Steer era raro en su deseo de ver no sólo el triunfo de las formas democráticas sino también de los valores y las prácticas democráticas.

Por su parte, y en referencia a Cataluña, analiza en el capítulo ocho la figura de John Langdon-Davies, cuya relación con esta comunidad se articuló en torno sobre todo a tres momentos: los años veinte, la guerra civil y el período entre su regreso a España en 1949 y su muerte en 1971. En los tres hubo un libro: *Dancing catalans* (1929); *Behind the Spanish barricades* (1936) y *Gatherings for Catalonia* (1953). En ellos se ve su percepción de Cataluña y el nacionalismo, pero también de la política española. Su primera estancia fue una especie de reacción frente a la mecanización de Europa, de ahí su vínculo con el Pirineo y el mundo rural que transmitió en su libro, una forma de vida y una sociedad de lo que todavía era un remoto rincón de Europa. Admiraba y se sentía cómodo con un nacionalismo irénico, sin ejércitos ni colonias y rural. Durante la guerra, el catalanismo previo se diluyó en el seno de la Europa del momento, que, si bien no le condujo al comunismo –de hecho, acabó repudiándolo después del pacto nazi-soviético–, lo mantuvo como un intelectual de izquierdas y antifascista. De ahí también su rechazo al catalanismo, al que consideraba escasamente cercano a la República. En su libro de este tiempo, los héroes no eran los intelectuales, sino el humilde pueblo de España. También presente en las jornadas de mayo de 1937, criticó al POUM y su visión se vio a su vez cuestionada por Orwell en *Homenaje a Cataluña*, que criticó con dureza a Langdon-Davies. A raíz de estos hechos y de las repercusiones polémicas de ellos, dejó de escribir

sobre cuestiones políticas y se centró en la repercusión de los bombardeos, especialmente en lo que tocaba a su impacto en Inglaterra. En 1949 volvió a España y montó un hotel en Cataluña, en parte como huida de la realidad británica. Pese a su rechazo al régimen de Franco, se acomodó a él, quizá de forma más sencilla que otros británicos por el hecho de que su anticomunismo había crecido. El tono político era cada vez menor, y él mismo constató que tras tres guerras, lo que quería era cierto escapismo. Constató así una creencia: que la esencia de las culturas viviría e incluso florecería a despecho del régimen político existente.

El tercer y cuarto capítulos se centran en la presencia de británicos en actividades concretas durante la guerra. El caso de Felicia Browne es peculiar por haber muerto como miliciana, en combate, según recoge en capítulo cuarto, tras haber asistido al inicio de la guerra en Barcelona. Dibujante y artista, convencida antifascista e integrante del Partido Comunista Británico desde su estancia en Alemania, el 19 de agosto de 1936 partió hacia el frente, en el que realizó varios bocetos de los milicianos, para fallecer el 22 de ese mismo mes. Si figura es un buen ejemplo del compromiso ideológico y del activismo del momento, en el que había que aportar cualquier capacidad al esfuerzo bélico. El capítulo tercero, dedicado al análisis del *Spanish Medical Aid Committee* (SMAC), se vincula al protagonizado por Felicia Browne en su protagonismo femenino, ya que este organismo reclutó y sostuvo a unas 150 personas en España, más de un tercio de las cuales eran mujeres. Su trabajo, especialmente en cuestiones de transfusión de sangre y triaje, despertó el interés de la profesión británica, aunque también se cobró un alto precio en lo que respecta a las bajas de este personal asistencial y en las secuelas psíquicas posteriores. Existe la tentación de analizar esta unidad médica como un elemento ideológico más, pero advierte el autor que se puede caer en la simplificación si se hace así. De hecho, muchos testimonios de quienes participaron consideran que la opción política era un argumento menor, aunque de hecho, ésta estuviera muy presente, generando tensiones con el PCE.

El SMAC fue la primera organización voluntaria significativa creada en el Reino Unido como respuesta a la rebelión militar. Fue el fruto de la colaboración entre miembros de la *Socialist Medical Association* (SMC) y activistas políticos de extrema izquierda, en una diversidad que generó conflictos. Sólo mediante el acuerdo de evitar la política y centrarse en cuestiones humanitarias, se consiguió solventar los roces. La primera unidad salió ya el 23 de agosto, y pese a las actitudes apolíticas, se tendió a contactar con el PCE, aunque los contactos con el anarquismo llevaron a problemas en el hospital de Grañen e hicieron que la unidad pasase a manos españolas y sus integrantes se distribuyeran en las Brigadas Internacionales. A partir de enero de 1937, por tanto, no puede hablarse ya de una unidad británica

sanitaria. Esta medida restó glamour político al voluntariado, pero con ella se ganó en eficacia. Sus integrantes reflejaban bien la situación profesional británica, pero también la cualificación política en la que unían el entusiasmo ideológico con la ambición profesional (que les llevó a realizar publicaciones con sus experiencias médicas) y la juventud. En general, el reclutamiento de voluntarios se ciñó a un perfil profesional y en lo político se acabó pidiendo, al menos, que fuesen anti-fascistas. Los médicos generalmente eran comunistas o estaban cerca, pero no tanto las enfermeras que declaraban en su mayoría estar movidas más por sentimientos humanitarios que por motivos políticos.

Más allá del activismo sobre el terreno, dedica el autor su capítulo quinto al viaje del Guernica a Inglaterra en el otoño de 1938, ya estudiado –y a él se remite– en el libro de Gijs van Hensbergen (*Guernica. La historia de un icono del siglo XX*, Barcelona, Debate, 2005 –ed. original, de 2004–, pp. 105-120). Este recorrido del cuadro le sirve para centrar el análisis en el papel de los artistas británicos en relación a la guerra civil, mucho menos estudiados que los literatos, pero que realizaron grandes esfuerzos por apoyar a la República. Muchos de ellos se agruparon desde 1935 en la Artists International Association (AIA), en la que pugnaron los estilos del momento como plataforma política, oscilando entre el realismo de inspiración soviética y el surrealismo de Penrose. De ahí que para el otoño del 36 el apoyo a la República fuese ya significativo, a lo que se añadió el impacto causado por la muerte de la citada Felicia Browne. No hubo críticas por la destrucción de arte sacro, e incluso teóricamente se criticaba el arte barroco. Todo ello formaba parte de una pregunta más amplia: ¿cuál era el papel político del artista en general y en las circunstancias concretas de la guerra? De hecho, en comparación con los literatos, fueron pocos y no muy destacados los artistas que participaron de una u otra forma en la guerra. Su colaboración se centró en la cesión de obras mediante las cuales conseguir fondos o en la colaboración en la presión hacia las autoridades y la sociedad británica.

El capítulo sexto trata de la muerte de uno de los más cercanos a George Orwell, Bob Smillie, al que durante mucho tiempo se consideró que había muerto en circunstancias oscuras. A partir del informe realizado por David Murray, representante del Independent Labour Party (ILP) en España, trata de establecer las circunstancias de su muerte y, además, la posición de este partido en el Reino Unido en torno a la cuestión española y a su propia situación en la izquierda británica, así como la posición del POUM. Tras pasar por diversas actividades, a fines de abril de 1937 Bob Smillie obtuvo permiso para trasladarse a París e Inglaterra, pero fue detenido antes de salir de España y encarcelado. En el contexto del enfrentamiento entre las posturas revolucionarias del POUM y el anarquismo y la primacía dada por el PCE a la victoria militar, Smillie –como Orwell, Mary Low o José Robles– era

partidario de simultanear revolución y guerra. Además estaba la cuestión autonómica, muy fuerte en Cataluña y que Smillie, escocés, veía favorablemente.

Prisionero Smillie en Valencia, fue David Murray, miembro del ILP, pero hombre de negocios y buen relaciones públicas, el que se hizo cargo de las gestiones. Hubo presiones para liberar a Smillie, pero la enfermedad y rápida muerte y entierro, que para Orwell eran sospechosas, no lo fueron tanto para Murray. Sólo veía el problema del escaso castellano de Smillie, que le había llevado a contestar cuestiones que le comprometían por no comprender bien las preguntas. Además, le perjudicó la ineficiencia e incompetencia, típicamente españolas, de la detención, que se prolongó mucho más de lo debido. Pese a las sospechas de Orwell, Murray pudo constatar las condiciones flexibles de la prisión y pudo eliminar muchas de las reticencias del escritor respecto a la muerte de su camarada, así como las de la dirección del ILP. Pese a ello, hay inconsistencias en el informe final, que el POUM y otros grupos trataron de explotar arrojando dudas sobre la explicación recibida, lo que inquietó considerablemente a una familia que había recibido la noticia con dignidad y moderación, y que pasó a considerar que la dirección del ILP les ocultaba información. La postura de ésta fue la de tratar de no perturbar a la familia con aspectos oscuros, pero también la de proteger a la República de las críticas, la de mantener las relaciones con los comunistas y además la de conservar la posibilidad de ayudar a otros prisioneros.

Un aspecto controvertido en relación a la guerra civil española y, en general en lo relativo a cualquier conflicto bélico, es el del recuerdo del mismo. En el caso británico, hubo unos 2400 voluntarios que lucharon en España, de los cuales murieron unos 500, generando un intenso sentimiento de pérdida y una memoria intensa sobre esos acontecimientos. Ya en 1991 Hywel Francis advirtió de que no era lícito dejar de lado los traumas, emociones y sacrificios personales y familiares de una guerra que muchos percibían como justa. En el capítulo siete, se trata de afrontar el impacto personal del voluntariado y la cuestión de la pérdida en particular tanto desde el punto de vista del combatiente como del entorno de éste; y cómo la memoria de los voluntarios británicos se elaboró, tanto durante la guerra como después de ésta.

El voluntariado británico hacia la guerra civil fue encauzado en su mayor parte por el PCGB, que obtuvo un claro objetivo político con ello, aunque esto a veces implicase una cierta desatención hacia las personas que llevaban a cabo esa acción voluntaria, que fue declarada ilegal en el Reino Unido en enero de 1937. Además estaba la campaña de los periódicos conservadores, que aprovechaban cualquier resquicio para mantener la retórica de que eran mercenarios a sueldo de Moscú y debilitar su papel e imagen. Estaba claro que, más allá del establecimiento del batallón británico en 1936,

el cuidado de los voluntarios y sus cercanos era algo secundario, pese a que la presión hizo que en ocasiones el propio PCGB procediese a la repatriación de alguno de ellos. Sin embargo, quienes morían sustentaban una retórica de lucha por la causa de la libertad y la democracia, y sus familias eran presentadas como una unidad que aceptaba con bravura y orgullo la pérdida. Sin embargo, esta imagen no era unánime y fueron numerosas las quejas. Por su parte, los supervivientes experimentaron también una profunda pérdida, tanto por los compañeros muertos como por el resultado de las operaciones en las que se vieron implicados. Además esto se complicó con la derrota republicana. Esto se tradujo en traumas, en una intensa camaradería, pero también en una sensación de marginación a su regreso. Pese a las quejas, a las que se procuró aislar, “the Communist Party proved extremely successful at providing meaning for the tragic loss of life in Spain and the suffering of the volunteers’ relatives” (pp. 134-5). Así, de los primeros homenajes a figuras concretas se pasó, especialmente tras la batalla del Jarama, a conmemoraciones colectivas, planificadas para obtener el máximo impacto emocional. Estos actos llegaron a su culmen con la retirada de las Brigadas y el retorno del batallón británico en diciembre de 1938. Tal vez lo más llamativo para el autor sea el escaso impulso dado a la creación de memoriales públicos, la mayoría de los cuales se erigieron a mediados de los años setenta.

Los dos últimos capítulos recogen la visión de España y las repercusiones de la guerra en el período posterior a la misma. El capítulo nueve da cuenta del reconocimiento paulatino entre España y el resto de occidente que también tocó de cerca a los británicos, incluso a los antiguos voluntarios pro-republicanos. Esta normalización de relaciones hizo que España pasase de ser un país dictatorial y atrasado a verse con buenos ojos. Durante los años cuarenta, se la veía como una tierra desconocida, remota y de alguna manera ajena, algo incrementado por la impopularidad del régimen de Franco. Sin embargo, esta actitud fue cambiando, sobre todo porque el miedo al fascismo dio paso al miedo al comunismo. Por otra parte, la posguerra mundial y su ambiente de austeridad bajo el gobierno laborista, conspiraban para que el Reino Unido pareciera menos atractivo que España. Norman Lewis, Gerald Brenan, Rose Macaulay, Sacheverell Sitwell, V.S. Pritchett, o Robert Graves, ofrecieron una imagen en general positiva de España, en la que primaba algo común a todos, y es que España era diferente y, por ello, merecía la pena visitarla. Todos trataban de explicar el excepcionalismo español y el mantenimiento de la esencia de su cultura pese a la guerra y a la amarga posguerra. Era todavía un país que podían reconocer, en el que se sentían como en casa y en el que disfrutaban, con unas ciudades que eran como las inglesas del siglo XVII y en la que los tópicos y su curiosidad se centraba casi exclusivamente en el sur. Se mantenía un ambiente en el que el progreso como ellos lo vivían en Inglaterra,

quedaba la margen. La percepción de la diferencia mostraba las atrocidades de la guerra como algo esencialmente hispano. Pese a todo, pronto fue evidente para ellos que España estaba cambiando y mencionaban la condición de la mujer, la emigración a la ciudad y el creciente turismo. Además, apreciaban el declive de lo ideológico tanto en la propia España como internacionalmente.

Estos libros, pese a sus limitaciones, jugaron un significativo papel en el cambio de percepciones británico acerca de España. No sólo presentaron o recordaron España a miles de turistas, sino que mostraron un país que podía y debía ser visitado pese a las reservas que los turistas potenciales podían tener sobre el régimen político. De algún modo, prepararon el camino a la oleada turística posterior. Esta visión contrastaba con la de la izquierda, para la cual se trataba de un país cuyo régimen fascista había que erradicar. Esta actitud comenzó a cambiar a fines de los cincuenta, cuando el franquismo comenzó una política de liberalización económica acompañada de reformas políticas cosméticas. En los sesenta, la ejecución de Julián Grimau provocó un recrudecimiento de las críticas, especialmente en lo tocante a la cuestión de los derechos humanos, pero sin tocar tanto la cuestión del origen fascista. Este refuerzo de lo negativo del régimen contrastaba con la imagen del país como lugar de relajación y placer. Esta contradicción entre la crítica al régimen y la recomendación de vacaciones, se extendía a medios periodísticos de izquierdas, como *New Statesman*, e incluso a políticos de izquierdas, que atacaban al régimen pero iban de vacaciones a España.

En el último capítulo se muestra la continuada capacidad de influencia de la guerra en la política británica, especialmente en las tres décadas posteriores a 1939. Así, al acabar, la memoria de la guerra civil española quedó como patrimonio de la izquierda. De hecho, no podía verse de forma abstracta con 500 británicos muertos en ella y especialmente el PCGB y organizaciones próximas se encargaron de mantenerla viva. De hecho, la imagen de la guerra era la de una causa clara, sin matices, con un blanco y negro muy marcado. Sin embargo, la visión más compleja de Orwell comenzó a tener mayor acogida durante la guerra fría y de alguna manera se mantuvo, dice el autor, hasta la película de Ken Loach, *Land and freedom* (1995). Y es que incluso entre la izquierda la unanimidad no era común. Las primeras pruebas a ese recuerdo se presentaron desde el inicio de las hostilidades en la II guerra mundial. El pacto nazi-soviético puso las cosas difíciles a los comunistas. Ya con la amenaza de invasión alemana hubo quien señaló que la creación de la *Home Guard* le recordaba la creación de las milicias durante la guerra civil, y hubo ex-brigadistas que adiestraron a sus integrantes. Con la invasión alemana de la URSS, el PCGB pudo liberarse de las dificultades previas y utilizó más ampliamente la memoria anti-fascista que le proporcionaba la guerra civil, vinculando la intervención

británica con la lucha contra el fascismo iniciada en España. Sin embargo, para muchos británicos, *su* guerra situó la española muy lejos, pues la realidad propia superó los recuerdos. Tras la derrota de nazis y fascistas, la guerra civil perdió buena parte de su repercusión en la política británica. En el contexto de la guerra fría cundía la idea de que lo ocurrido en España era algo único, una creencia que se apoyaba en tres factores: “first, the ‘black and white’ clarity of the issues at stake, which compelled many individuals to take sides; secondly, the unprecedented breadth of the international political mobilisation in support of the Spanish Republic; and thirdly, the intense emotive power of the Republic’s doomed struggle” (p. 188). Después de 1945 se buscaba la siguiente España y a la vez se veía la ausencia de otra gran causa. Esto hizo que las actitudes hacia la guerra civil griega (1946-9), por ejemplo, fueran muy distintas. Tampoco la situación en China fue similar, pese a las similitudes que se establecieron. A mediados de los cincuenta, la memoria de la guerra civil se fue convirtiendo en una medida inalcanzable del compromiso político, en algo que ya nadie estaba dispuesto a hacer. Tal vez lo único comparable fuese el caso de Hungría, o incluso la reacción ante la guerra del Vietnam. Para los comunistas, haber luchado en España supuso un elemento de mejora en su carrera política, hasta el punto de que hubo quien falsificó esa presencia. Además, la presencia en la guerra fue muy valorada entre diversos dirigentes sindicales como un factor que era recordado en prensa, como refuerzo positivo de una imagen pública. Por el contrario, la actitud de algunos conservadores les trajo consecuencias negativas en su posterior carrera política, en la que se les recordaron sus acciones entre 1936 y 1939. A partir de los sesenta, la referencia a la guerra civil fue retrocediendo paulatinamente, aunque se mantuvo en relación a la situación de Nicaragua o a la guerra de Bosnia e incluso la guerra de Irak en 2005. Ayudó también como elemento para crear una identidad colectiva en Gales cuando se estaba procediendo, bajo el gobierno de Thatcher, al desmantelamiento de la minería.

Tom Buchanan es Reader in Modern History de la Facultad de Historia en la Universidad de Oxford. Autor de *The Spanish civil war and the British labour movement* (1991), *Britain and the Spanish Civil War* (1997), *Europe’s troubled peace: 1945-2000* (2005) y editor de *Political catholicism in Europe, 1918-1965* (1996).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Orduna Portús, Pablo M. (coord.); Álvarez Vidaurre, Ester; Imbuluzqueta Alcasena, Gabriel; Labeaga Mendiola, Juan Cruz; Mariezkurrena Iturmendi, David y Miranda Aliaga, Daniel, *Estudio etnológico sobre la artesanía y su significación cultural en Navarra*, Atun, Fundación José Miguel de Barandiarán Fundazioa, 2006, 202 pp. ISBN 8493468908.

[MyC, 10, 2007, 185-266]